

EL CAFÉ SOBRE EL VOLCÁN

**Una crónica del Berlín de entreguerras
(1922-1933)**

FRANCISCO UZCANGA MEINECKE



PRIMERA EDICIÓN: enero de 2018

© Francisco Uzcanga Meinecke

© Libros del K.O., S.L.L., 2018
Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511
28020 - Madrid

ISBN: 978-84-16001-81-1
DEPÓSITO LEGAL: M-518-2018
CÓDIGO IBIC: 1DFG, JPFQ, HBTB, KNTJ
ILUSTRACIÓN DE PORTADA Y CUBIERTAS: Susana Palés
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: Andrés Molina
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Las tipografías son League Gothic y Baskerville.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO | 5 |
| LA PLACA DE BRONCE 1922 | 9 |
| EL CISNE NEGRO 1923 | 25 |
| EL ÚLTIMO BOHEMIO 1924 | 41 |
| ¡LA TENGO QUE PINTAR! 1925 | 55 |
| LA IRRUPCIÓN DE LOS PERIODISTAS 1926 | 71 |
| DE VOZ AFLAUTADA 1927 | 87 |
| LA ACTRIZ Y EL VAGABUNDO 1928 | 103 |
| UN DOMINGO CUALQUIERA 1929 | 119 |
| RATONES BLANCOS 1930 | 135 |
| ASFALTO 1931 | 153 |
| EL CUADERNO ROJO 1932 | 169 |
| DOS ADIVINOS 1933 | 185 |
| A MODO DE EPÍLOGO | 205 |
| BIBLIOGRAFÍA | 213 |
| ÍNDICE DE NOMBRES | 219 |

PRÓLOGO

En mi despacho cuelga un bono de cien mil marcos. Es de color verde pastel y fue expedido el 10 de agosto de 1923. Pertenecía a mi bisabuelo, que lo enmarcó y se lo regaló a su hijo. Para que no olvidara. Luego mi abuelo me lo regaló a mí, con la misma intención. Me pareció curioso: ¡un bono de cien mil marcos! Pero lo olvidé. En la última mudanza lo descubrí en una caja que no había abierto desde el traslado anterior. Me volvió a llamar la atención y lo colgué en la pared, encima de mi escritorio.

Con esos cien mil marcos mi bisabuelo podía comprar dos barras de pan o medio kilo de azúcar. O dar una propina al camarero de su local favorito. Hoy día, el bono tampoco vale gran cosa. Porque se conservan muchos; bonos, vales, billetes. Y los de cien mil marcos son discretos; los hay de un millón, de cincuenta millones, de mil millones. Se guardan como recordatorio y como advertencia. La inflación de los años veinte, la época en la que los billonarios pasaban hambre, sigue siendo un trauma para muchos alemanes. Hasta hoy. Dicen que de ahí viene su obsesión por la estabilidad monetaria.

Mi idea inicial era escribir un ensayo sobre el mundo de la cultura en Berlín durante aquellos años de crisis. Luego, buscando información, me topé con el siguiente párrafo:

Los judíos bolcheviques están sentados en el Romanisches Café y urden ahí sus siniestros planes revolucionarios; y por la noche invaden los locales de esparcimiento de la Kurfürstendamm, se dejan incitar al baile por orquestas de negros y se ríen de las miserias de la época.

Lo escribió Joseph Goebbels, por lo que deduje que el Romanisches Café sería un lugar fascinante. Las pesquisas posteriores lo confirmaron: no era exactamente un nido de revolucionarios, pero eso que Goebbels llamaba «judíos bolcheviques» resultó ser la plana mayor de literatos, artistas e intelectuales que se apiñaban en el Berlín de los años veinte del siglo pasado. Así que mi libro giraría en torno al Romanisches Café.

Se me ocurrió titularlo *El café que odiaba Goebbels*. Pero luego me eché para atrás. No quería darle demasiado protagonismo al personaje —aunque lo acabará teniendo—, y tampoco me hacía gracia que en una búsqueda en Google mi nombre apareciera junto al suyo. De ahí que me decidiera por el título más aséptico que figura ahora en la portada. No es un guiño a Malcolm Lowry, ni un volteo al título de su célebre novela; *Tanz auf dem Vulkan* («El baile sobre el volcán») es una expresión fija alemana para referirse a los turbulentos años dorados de la República de Weimar.

Después de darle algunas vueltas, decidí adoptar la forma de crónica clásica, esto es, una narración histórica en la que se sigue el orden consecutivo de los acontecimientos. Me pareció el género más apropiado para captar la tensión de

una época que, de manera más o menos consciente, enfilaba la catástrofe.

Como corresponde a una crónica, y con objeto de agilizar la lectura, he prescindido de las notas a pie de página. El lector encontrará al final la bibliografía consultada. La mayor parte está en alemán. Las traducciones incluidas en el texto son mías. El libro está destinado al lector español o latinoamericano, de ahí que dedique bastante espacio al contexto político, económico y social. Los conocedores sabrán perdonarlo.

He visitado los escenarios del libro (aunque la mayoría de ellos ya son otra cosa). Con ayuda de documentos y fotografías de la época me he tomado la licencia de recrear ciertas escenas. Y he especulado en algunos casos en que me faltaba información. Por lo demás, claro, he tratado de ceñirme a los hechos. Pero no esperen objetividad o neutralidad. En primer lugar, porque, como dijo alguien, ante la peste no se puede ser neutral ni objetivo. Y, en segundo, porque es una quimera pretender trasladarlas al papel; ya solo la selección de escenas, de personajes, incluso de meros adjetivos es subjetiva y parcial. Lo único que se le puede exigir al cronista no testigo es que consulte las fuentes adecuadas, exponga los hechos con rigor y trate de interpretarlos con honestidad. Y que los narre de forma ágil, plástica y amena. Es lo que he intentado.

LA PLACA DE BRONCE 1922

En el café solo hay un cliente. Está sentado a un velador de mármol, con el tronco inclinado hacia adelante, en una postura que realza su joroba. Tiene la tez cobriza, los ojos achinados, la nariz aguileña y la mandíbula fuerte. De la gorra raída se le escapa un mechón aceitoso. Los brazos son largos y las manos huesudas. En la izquierda sostiene un lápiz mordisqueado con el que dibuja en el margen de un periódico. Trabaja absorto. Se oye el rasgueo en el papel y el tintineo de las tazas que enjuaga el camarero. El dibujo va adquiriendo forma de rostro humano: ojos grandes de mirada burlona, mejillas llenas y pelo alborotado. Se empieza a distinguir también el contorno de los labios. Son abultados y carnosos.

Nuestra crónica comienza la mañana del domingo 25 de junio de 1922. En un café de Berlín que ya no existe. La escena podría haber sido más o menos como la que acabo de describir: John Höxter, el cliente eterno, dibuja caricaturas en su mesa de siempre mientras Anton, el barman, se afana

en el enorme fregadero de estaño. A esa hora el local olería probablemente a lejía y al humo frío de la noche anterior. Tal vez hubiera alguien más: el portero Nietz quizá, clavado junto a la puerta giratoria, o Fiering, el propietario, repasando las facturas al otro lado de la barra... Seguro que no estaba Kalle, el camarero jefe, porque libraba la mañana de los domingos. Ni tampoco la mayoría de los clientes habituales. Por la hora temprana, por ser festivo y porque el cielo limpio y la temperatura suave invitaban más bien a pasear por el Tiergarten. O a salir de excursión al Wannsee. Pero también porque muchos de ellos estaban haciendo cola delante de la capilla ardiente del Reichstag.

Allí, en la larguísima fila, más de uno aprovecharía la espera para hojear el periódico. Desde la guerra no se recordaban titulares de letras tan desmesuradas: «¡WALTHER RATHENAU ASESINADO!», «¡ATENTADO MORTAL CONTRA EL MINISTRO!». El *Berliner Tageblatt*, el diario más vendido de la capital, traía ya la reconstrucción de los hechos a partir de las primeras declaraciones de los testigos:

Poco antes de las once de la mañana, el automóvil del Dr. Rathenau bajaba por la Koenigsallee para dirigirse al ministerio. En ese instante, otro automóvil adelantó a alta velocidad al vehículo del Dr. Rathenau, frenó bruscamente y sus ocupantes abrieron fuego con pistolas de cañón largo. El ministro, alcanzado por las balas, sufrió primero una sacudida y se inclinó luego hacia el chófer, probablemente con la intención de indicarle que acelerara y se alejara de allí. Los atacantes aprovecharon ese instante para lanzar una granada de mano al interior del vehículo. Alcanzado de nuevo, el ministro se desplomó hacia atrás bañado en sangre. El coche de los atacantes se alejó rápidamente. Los ocupantes, que llevaban gorras de

color ocre y el rostro parcialmente tapado, fueron vistos por varios testigos. Se trata de dos jóvenes de entre veinte y veinticinco años vestidos con uniforme gris. No se pudo determinar la matrícula del vehículo, ya que estaba cubierta, al igual que el radiador. El ministro sufrió varias heridas en el pecho y en la pierna. Sin duda, la herida mortal fue provocada por la granada, que le arrancó parte de la mandíbula.

La Koenigsallee era una avenida arbolada que cruzaba el barrio de Grunewald y desembocaba en la Kurfürstendamm, ya en el centro de Berlín. El trazado sigue siendo el mismo. No es una obviedad en una ciudad que ha tenido que dislocar tantas calles. Como todo Berlín, Grunewald fue bombardeado durante la Segunda Guerra Mundial, pero, al ser un barrio residencial de las afueras —está situado al sureste, y se integró a la capital en 1920—, no sufrió tantos daños como el centro de la ciudad o los suburbios industriales. De ahí que, en buena parte, haya conservado su fisonomía y siga siendo el elegante y plácido barrio burgués de antes de la guerra.

Grunewald es también una buena opción para salir a pasear un domingo por la mañana. Como hoy mismo, otro domingo caluroso de junio casi cien años después de la muerte de Rathenau. Hasta aquí apenas llegan turistas, y uno puede perderse por los muchos espacios verdes moteados de villas, palacetes y embajadas. Hay también un par de colegios, dos o tres iglesias y algún que otro edificio moderno de apartamentos construido sobre cráteres de obús. Y lagos idílicos rodeados de un césped impoluto y de arbustos podados con tiralíneas. En uno de ellos, una playita invita a darse un chapuzón. En compañía de patos. No me atrevo, pero no por falta de ganas; el clima de Berlín es mejor que su fama.

En un ensanche de la acera de la Koenigsallee, a la altura de la Erdener Straße, se levanta una roca de granito. Al pie de ella duerme una corona fúnebre con las bandas desteñidas y las hojas marchitas. A los lados, dos jardineras rebosan geranios y margaritas, y justo detrás, un bosquecillo de hayas arroja una sombra bienvenida. En la roca hay una placa de bronce incrustada:

*A la memoria de
Walther Rathenau,
ministro de Exteriores de la República Alemana.
Cayó en este lugar por mano asesina
el 24 de junio de 1922.
La salud de un pueblo proviene de su vida interior,
de la vida de su alma y de su espíritu.*

Berlín está lleno de placas como esta. La memoria histórica asalta a cada paso: en fachadas, en pequeños monumentos que brotan del asfalto, escondida en patios interiores... Incluso en el suelo hay placas conmemorativas, las llamadas *Stolpersteine*, que uno a veces pisa sin querer para levantar de inmediato el pie, asustado por la profanación. Pero esta placa a la sombra de las hayas tiene un significado especial. Porque el asesinato de Walther Rathenau, el ministro de Asuntos Exteriores de la República de Weimar, no solo provocó una enorme conmoción en todo el país, sino que trajo consecuencias funestas para el continente entero. Stefan Zweig, amigo íntimo del ministro y que poco antes había recorrido con él la ruta del atentado, escribió años más tarde en su libro de memorias *El mundo de ayer*: «Con este episodio empezó el desastre de Alemania, el desastre de Europa».

Todas las mañanas, Walther Rathenau se subía al coche que lo llevaba desde su villa de Grunewald hasta la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el número 76 de la Wilhelmstraße, muy cerca de la Puerta de Brandeburgo. A pesar de haber recibido amenazas de muerte, nunca llevaba escolta. Y ese día, cálido y luminoso, hizo el trayecto a bordo de un cabriolé. Así que los asesinos lo tuvieron fácil. La prensa que informó a la mañana siguiente del crimen no hacía conjeturas sobre los autores, pero estaba claro que habían sido los ultranacionalistas. Las semanas anteriores se les había visto desfilar por las calles berlinesas al grito de «Knallt ab den Walther Rathenau, die gottverfluchte Judensau». («Pegadle un tiro a Walther Rathenau, el maldito cerdo judío».)

El mismo día del atentado, el fiscal general ordenó interrogar a varios miembros de la Organización Cónsul, un grupo terrorista de extrema derecha que ya había cometido crímenes políticos similares. Las sospechas eran fundadas y, gracias a los interrogatorios y a las descripciones facilitadas por los testigos, se logró identificar a dos miembros de la Organización Cónsul como presuntos autores: Erwin Kern y Hermann Fischer.

La policía los localizó pocas semanas después en el castillo de Saaleck, una población situada a doscientos kilómetros al suroeste de Berlín. El arrendatario del castillo, simpatizante de la organización, les había dado refugio allí. Al ver llegar los furgones, los fugitivos se atrincheraron en el torreón y comenzaron a disparar. Los agentes repelieron el fuego y lograron abatir a Kern de un disparo que entró justo por la tronera. Fischer se suicidó junto al cadáver de su compañero.

Ambos tenían veinticinco años y provenían de familias acomodadas; el padre de Erwin Kern era juez y el de Hermann Fischer, catedrático de Arte. Sus hijos habían combatido

en la Gran Guerra y se habían licenciado con el grado de teniente. Y tenían buena formación: cuando se prestaron voluntarios para el atentado, Kern estaba a punto de terminar la carrera de Derecho y Fischer acababa de obtener el título de ingeniero industrial. Se conservan fotos de ellos: dos jóvenes apuestos, rubios y de ojos clarísimos, que miran ufanos a la cámara. La alegría de cualquier madre y todo un futuro por delante.

La Organización Cónsul había surgido del entorno de los *Freikorps*, los grupos paramilitares creados al desintegrarse el ejército alemán tras el armisticio de 1918. La mayoría de los voluntarios de los *Freikorps* eran soldados veteranos que no aceptaban la rendición de Alemania y eran incapaces de integrarse en la vida civil. Muchos de ellos apoyaron el golpe de estado de marzo de 1920 —conocido como el *Kapp-Putsch*—, que pretendía derrocar el régimen democrático de la República de Weimar. El golpe fracasó debido a la mala organización, a la falta de apoyo en ministerios clave y a la resistencia de los sindicatos y partidos de la izquierda. Uno de los instigadores, el capitán de brigada Hermann Ehrhardt, logró esquivar su orden de detención, pasó a la clandestinidad y fundó, en otoño de ese mismo año, la Organización Cónsul.

En el acta fundacional, la Organización Cónsul se presentaba como un grupo de «hombres resueltos e imbuidos de patriotismo» cuyo objetivo era combatir al «elemento izquierdista y judío», culpable, a su juicio, de traicionar a la patria y rendirla al enemigo. La organización nació envuelta en un aire de misterio y secretismo. Apelaba al espíritu de la Santa Vehma, un tribunal clandestino que durante la Edad